ABC 22 junio 1945

BARCELONA, GRAN CIUDAD

Hoy se celebra aquí una corrida de relumbrón. Pero nada en la ciudad lo hace sospechar así. Su atmósfera clara y purísima, en la que los hombres y las cosas se mueven a la misma luz que los corpúsculos de polvo en el haz de sol de las habitaciones, ninguna irradiación peculiar guarda que nos lleve a presentir la festividad de la tarde. Ese magnetismo que emana del anillo de la plaza los días de corrida, y al que alguien atribuyó fuerza bastante para empujar los pájaros hacia su centro, tiene un poder inversamente proporcional al de la magnitud de las poblaciones sobre las que se proyecta. En los pueblos y en las capitales de provincia lo absorbe todo, no ya el día que anuncian los carteles, sino los que lo preceden. Madrid, con ser Madrid, vibra sismográficamente desde varias horas antes del paseíllo; en ellas, sin saber por qué, la plaza tira de uno, y tanto los peatones como el *Metro*, los automóviles como las llamadas telefónicas se lanzan más sencillamente en dirección Sol-Ventas que en dirección Ventas-Sol. Cuantos viven en el sector que limita la plaza de Bilbao, la Red de San Luis, la Puerta del Sol y Neptuno han de afirmarse robustamente en tierra si no quieren ser desgajados para caer en los tendidos, como árboles por el viento huracanado. Los que se resisten a dejarse embrujar de ese imán todopoderoso, los que mal de su grado—por unas u otras causas—han de renunciar a ir a la plaza, sienten sus fuerzas relajadas sobre el teclado de las máquinas de escribir mientras la corrida dura y aguardan como única receta que curará su nostalgia el rostro cariacontecido de los que regresan y traen el aburrimiento grabado en sus semblantes. Eso sí; apenas convencidos de que la corrida fué mala, la dicha les invade. Han pasado, simplemente por eso, de ser ciudadanos de segunda, y como cenicientos, a ciudadanos de ventaja, que ya estaban de antemano avisados de todo. Ahora bien; Barcelona es, para todos estos fenómenos psicológicos, ciudad exenta. Por de pronto, a su plaza afluyen varias anchurosas calles, y debido a ello, la congregación y el dislocamiento de los espectadores pierde su aire de desfile, acicate y consolación a la vez de los que no tienen entrada. Falta también, casi por completo, en sus alrededores ese mundillo de aficionados de ruidos, que parecen haber rezumado de las andanadas de las otras plazas y que siguen por el clamor de las ovaciones las faenas con éxito, y los toros mansos por el estruendo de las banderillas de fuego. El coche de los toreros por la calle de Cortes, la salida del matador del hotel de moda tienen aquí un aire de anacronismo violento que suspende al viandante. Nunca, Alcalá abajo, hacia Cibeles, han sido miradas de ese modo las cuadrillas, y es que la calle de Alcalá es, en efecto, como el cauce y lecho natural de ellas.

Pues ese desentendimiento de la fiesta, esa posibilidad de que tenga lugar sin que nada se interrumpa ni altere, ni cobre un aire dominguero, y de que a la misma hora de la estocada del diestro amarren barcos de 20.000 toneladas en los muelles y gire sus aspas sobre el Tibidabo el brazo gigante y se desperecen en las playas fronteras centenares de bañistas tempraneros, es lo que hace de Barcelona la más europea y grande de las ciudades españolas.

Todo ello, naturalmente, sin perjuicio de que la plaza se llene, se colme y ruja y vibre al compás favorable o desfavorable de la jornada. Pero después, cuando la corrida acaba, su eco se pierde. No hay un solo rincón de la ciudad en donde ir a escuchar el relato completo de lo que sucedió en su transcurso ni un aula en la que la faena se filtre, se aquilate y se compare: los espectadores parecen haberse enmascarado para que no se adivinen entre las líneas de sus balances los oles de unas horas que no imprimen carácter y sólo los revisteros levantan su acta notarial y dejan constancia, un poco comercialmente, de las orejas cortadas y de las vueltas al ruedo... No sé, algo inexpresable tienen las corridas de Barcelona. Y el buen catador de ciudades, el que aspira a encontrar cuál es el género próximo y la última diferencia que, a la vez, la hermana y la divorcia del resto de las capitales españolas, hará bien en venir a estudiarla en esa hora preliminar de las corridas, esa hora casi indiferenciada allí de las restantes del día, que exalta y azoga y consume en impaciente fuego al resto de las ciudades de la Península.

JOAQUÍN CALVO-SOTELO